

Para la hora del “Ángelus”.

Martes, 24/03/2020

La piscina de Betesda, de la que habla el evangelio de Juan en el día de hoy (Jn 5, 1-16), fue descubierta por los arqueólogos en el año 1931, y la descripción que hace el evangelista coincide perfectamente con los restos arqueológicos descubiertos. Por lo que dice el evangelista, sería algo así como un “hospital de campaña” de los tiempos actuales. Allí se concentraban los enfermos, esperando la oportunidad de entrar en aquella piscina termal cuando las aguas ebullían, probablemente por el impulso de la fuente intermitente que la alimentaba. El nombre de la piscina, que en arameo significa “casa de la misericordia”, concuerda con lo que allí buscaban los enfermos. Pero uno de ellos, que estaba paralítico, no tenía quien le ayudase y siempre llegaba tarde para aprovechar los efectos curativos del flujo repentino del manantial.

Con esta narración el evangelista presenta el tercer signo que Jesús realizó para anunciar la novedad de su persona. Los dos anteriores son la conversión del agua en vino, en la boda de Caná a la que fue invitado, y la curación del hijo de un funcionario. Este tercero presenta una nueva faceta de su persona: Jesús es el que da el “agua viva”, que anunció el profeta Ezequiel, brotando del Templo hacia Levante y saneando a su paso todo lo que encontraba hasta desembocar y dar vida al “mar de las aguas pútridas”. En este caso, no fue el enfermo el que pidió ayuda, sino Jesús quien se acercó al paralítico y le ofreció misericordia. Una misericordia, que consiste en “dar vida” a los muertos que oigan su voz, como Él mismo explicó en la conversación con los judíos que siguió al acontecimiento de la piscina.

En la piscina, Jesús curó al paralítico, le dijo que cargase con la camilla y marchara a su casa; pero algún judío observante, que siempre los hay, le salió al paso y le dijo que no podía cargar la camilla porque era sábado. Algunos rabinos, de los que Jesús dijo que echaban cargas insoportables sobre la gente, decían que en sábado no se podía cargar un peso mayor que la mitad de un higo. ¡Un nuevo motivo de desacuerdo entre Jesús y aquellos jefes, que ponían lo secundario por delante de lo principal!

Este episodio abre el corazón a la esperanza, cuando estamos entrando en la segunda semana de confinamiento. Jesús se nos acerca, en la persona de tanta gente buena como nos cuida, y nos ofrece misericordia y esperanza de vida, de una forma de vida que sana el alma acorrajada por lo que está ocurriendo. Alguien ha dicho que la devoción “no nos va a curar la enfermedad, pero sí nos va a hacer que el virus del miedo se detenga”. Levantemos, pues, el corazón a Dios rezando:

A ti, Señor, levanto mi alma.
No es evasión ni escapismo;
es necesidad de trascendencia,
de superación y de apertura;
ansias de crecer hasta la plenitud deseada.

A ti, Señor, levanto mi alma.
Pero eres Tu, Señor, quien me levanta.
Tú me atraes y me seduces poderosamente.
Tú me liberas y me dices desde dentro: ¡levántate!

A ti, Señor, levanto mi alma.
Tú me levantas,
para que yo también levante
a los que están caídos.
Y tienda la mano a mis hermanos,
y diga al que está cansado y abatido: ¡levántate!
Es el Señor quien nos levanta.